

España hospicio.

("Las Noticias" Barcelona, 7 abril 1900).

España hospicio



Antes de ahora en estas mismas columnas me he ocupado en la concepción hospiciaria de la vida, que es una de las que más privan en España. Sugéreme hoy nuevas observaciones acerca de ella, la lectura en los *Problemas del día* del señor Silió, de ciertos datos estadísticos, respecto á la mortalidad anual por mil habitantes en las ciudades españolas de más de cincuenta mil almas, en el periodo de 1886 á 1892. Copio primero un cuadro que el señor Silió reproduce de la mortalidad en diez ciuda-

des europeas (por cada mil habitantes) y es:

Buda-Pesth.	26 40	Amsterdam.	20 00
Viena.	24 20	Berlin.	19 50
Glasgow.	22 6	Londres.	19 30
París.	22 30	Roma.	19 30
Bruselas.	20 60	Hamburgo.	16 80

Y ahora el cuadro de las ciudades españolas de más de cincuenta mil habitantes:

Palma.	24 60	Zaragoza.	35 70
Valencia.	30 20	Lorca.	35 70
Jerez.	31 10	Madrid.	37 50
Barcelona.	31 40	Granada.	38 30
Málaga.	33 20	Bilbao.	39 10
Córdoba.	33 70	Cartagena.	39 50
Sevilla.	35 40	Valladolid.	39 80
Murcia.	35 70	Cádiz.	41 40

El cuadro es aterrador. Se ha querido atenuarlo con mil razones, hasta atacando la veracidad de las estadísticas. Yo recuerdo que allá en mi pueblo, en Bilbao, no faltó quienes protestaran cuando se publicó la estadística, tratando de explicar su alta cifra de 39 10, pero con tales explicaciones no resucitan los muertos.

Pero la atenuación más interesante es la que dió el mismo *Instituto Geográfico y Estadístico*, diciendo:

«En todas las capitales de provincia acontecen, á proporción, más defunciones que en el conjunto de los respectivos pueblos; y el hecho tiene su razón de ser, tanto en la circunstancia de radicar en ellas, como antes se ha dicho, los establecimientos de Beneficencia, á los cuales acuden de continuo, para la curación de sus males, muchos menesterosos que viven de ordinario en otros distritos, cuanto en la del excesivo número de criaturas que, hallándose acogidas, como hijas que son del infortunio, en los propios asilos, fallecen á poco de ingresar en ellos, ó sea en los primeros años, y aun en los primeros meses de haber sido dadas á luz.»



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USALES

Contesta á esto el señor Silió, que el argumento es de esos que, de puro sutiles, se quiebran ellos mismos; pero no lo es tanto. En España, más acaso que en otra parte, va el aldeano á morirse á la ciudad, y en la ciudad están las inclusas y los hospicios. El de esta ciudad en que escribo, Salamanca, es un horrible matadero.

Lo que se lleva la mayor parte del presupuesto provincial, en no pocas provincias españolas, es el hospicio, resultando nuestras diputaciones provinciales juntas de beneficencia más que otra cosa.

Todo el que haya leído algo de historia, recordará el cuadro que los costáneos trazan de la España del siglo XVII, pueblo de mendigos, vagabundos, parásitos, pícaros, frailes y soldados. De allí nació el picaresmo, que dió origen á una de las más curiosas manifestaciones literarias. Era el pícaro, en rigor, lo que hoy llamamos *golfo*.

¡El supremo deleite es no trabajar; buscarse una colocación segurita y... á vivir!

¡Es decir, á morir! Es la condenada sobriedad del español, su contentarse con poco; ese saber contentarse con poco, que es una de nuestras mayores maldiciones.

A la sobra de codicia, unimos la falta de ambición. Y en la vida, es cosa comprobada, el que no adelanta, atrasa. No es posible estar quieto.

¡Hay que crear necesidades! escribí en estas mismas columnas, cuando empecé á colaborar en LAS NOTICIAS. Y no he de cansarme de repetirlo: ¡hay que crear necesidades!

A la sopa boba de los conventos, ha sustituido el rancho infame de los hospicios. Se hace hijos, y al hospicio con ellos; á que mate de hambre una nodriza, dando pecho enjuto á tres á un tiempo.

Cuando terminan las labores del campo, en el invierno, acuden á las ciudades no pocas gentes que se ocuparon en aquéllas, y de aquí que en los años de escasez sea en las ciudades donde más se siente el golpe. Todo gañén aspira á que le coloquen de empleado del resguardo, que es, en realidad, uno de los oficios más codiciados por los holgazanes.

Impórtales poco tener que sufrir frío ó intemperie, el caso es no tener que encorvar el cuerpo.

«Una cosa segurita, señor, una cosa segurita», y tienen razón los pobres. ¡Porque la agricultura de nuestras provincias centrales, ofrece tan poca seguridad! ..

Pero ¿cómo se va á borrar de nuestro pueblo sus instintos hospicianos? Si su flojedad le hace pobre, es que su pobreza le hizo flojo.

¿Tiene remedio este terrible círculo vicioso?

Miguel de Unamuno.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES